

VISION DE LA SIERRA TAYRONA

Por: RAFAEL GOMEZ PICON

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen IX
1951*



obre el amplio lomo del Río Grande de la Magdalena enrumbamos hacia el mar que besa los pies de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Regresábamos del colombianoísimo muñón goajiro y plantamos nuestras toldas sobre la margen derecha del Guatapurí, en el propio Valledupar, fundado en 1550 por Miguel Díaz Armendáriz.

Iniciamos el ascenso por la margen derecha del Guatapurí, con fresca mañana de octubre, y después de haber recorrido veinticinco kilómetros llegamos al sitio de Ariguaní, a 580 metros de altura. Al frente, el cerro de "Tres Picos", a una distancia de 550 metros y con una elevación de 1.600 m. Hemos atravesado los arroyos de "Los Cominos", "El Mono" y "Tierranueva" y las regiones de "Dos Brazos", "Sabanas de Valerio", "Ceibal" y "Cimarronera".

El rincón es pintoresco y se cultiva en pequeña escala el café, la caña de azúcar, el maíz, la yuca, el plátano, el pasto guinea. La gramínea natural o paja viste los cerros. Nada denuncia allí la menor iniciativa a fin de intensificar y mejorar los cultivos, de seleccionar la cría de ganados, de implantar la higiene entre los moradores. El famoso jején da sus horribles cargas cerradas que echan a pique toda tranquilidad.

La nueva jornada la rendimos a treinta kilómetros, en la población arhuaca de Sogroimi, margen izquierda del Donachuí que desemboca en el Guatapurí en el sitio denominado "Los Rastrojos", a unos cuarenta kilómetros de Valledupar. Aquel es el centro principal de los feudos de Dohane, el Gran Mama, a 1.700 metros sobre el nivel del mar Dohane además de facilitarnos a su hijo Sebastián como guía, que en realidad lo es insuperable, y de fletarnos dos bueyes, baqueanos también, para transportar carga por aquellos parajes, se permitió darnos en tono paternal toda una serie de buenos

consejos no sin intercalar una que otra pregunta que pudiera considerarse como capciosa, nacida tal vez de la poca confianza que a ratos le inspirábamos.

Dos días demoramos en el rancherío indígena compuesto de media docena de casas de paja distribuidas sin orden alguno, en la divertida compañía de la familia de aquel jefe, integrada por su esposa, varios hijos, yernos, nietos, y por aves de corral, algunos cerdos de mala clase, perros, asnos y vacas.

Antes de llegar a la desembocadura del Donachuí atravesamos los pequeños afluentes de "Cañabobal", "Arroyo del Coco", "Templado", "Aguadulce". "Cañichicua" y "Buyunkake".

Uno solo es nuestro propósito: ascender. Y para realizarlo hemos tomado la vía natural del tremendo cañón del Donachuí. Vamos del suroeste hacia el noroeste. La lluvia se presenta tenaz y el frío nos hace persistentes caricias.

Cerca de Sogroimi desemboca el Tromba por la margen derecha. Un curioso puente indígena cuyo piso está formado por toscos tablones con rústicas barandas de bejucos o ramazones entretejidos con ingenio, nos permite cruzar el río hacia la derecha, por donde seguimos hasta llegar al caserío de Cansamaría, a 2.400 metros de altura, de ranchos cónicos entre los cuales se distingue el templo o residencia del Gran Mama de este sector, Manuel Ramos. Los habitantes pertenecen a la rama de los koggi, que como los iku y los bintupa, hablan dialecto diferente. Para corresponder a nuestros presentes de baratijas, los indios nos obsequian con una bateada de papas cocidas que llegaron muy bien y sirvieron como base al almuerzo que fue complementado con nuestras provisiones.

A las cuatro de la tarde finalizó la jornada entrando al páramo de Yekaka, a 3.000 metros de altura con una temperatura de 13 grados. El paraje es imponente con sus elevadas rocas de lado y lado por donde descuelgan bellas y numerosas cascadas que denuncian la existencia de lagunas que brindan al río su valioso aporte. A todo lo largo de éste hemos anotado la existencia de pequeños y variados cultivos de los indígenas, según la altura consistentes en plátano, yuca, maíz, papa y caña de azúcar que da trabajo a diminutos y rudimentarios trapiches. Un rancho indígena nos albergó aquella noche cual suntuoso hotel primitivo.

A 3.400 metros de altura penetramos a un antiquísimo circo glacial. Desaparece por completo la vegetación y se transita penosamente por sobre grandes extensiones de roca rodada que imprime al

conjunto cierta impresionante apariencia de un enorme templo en ruinas, cuyo silencio es interrumpido de cuando en cuando por el graznido de los cuervos o por la fresca y débil voz de las cascadas.

El ascenso continúa. El páramo de "Melloaka", a 3.500 metros de altura, en donde culminan los dominios de Dohane, según lo atestiguan dos ranchos habitados por algunos de sus familiares, sale a nuestro encuentro. Y más adelante, a 3.700 metros y a una temperatura de 12 grados, entramos a un precioso valle resguardado por enormes rocas, como los anteriores, fondos glaciales de la época prehistórica que lucen su color gris, o azulado, o violáceo según se reflejen sobre ellas los rayos de la luz. Ahora es grandioso el cañón del Donachuí y a medida que avanzamos creemos estar pisando un extraño y medroso país descrito en algún cuento de hadas. El cierzo arrecia con tenacidad y por todo el centro del cañón asciende una densa capa de neblina que semeja un enorme monstruo blanco que viniera del Valle de Upar, acaso después de haber cruzado los más erizados filos de la Serranía de Perijá, o del propio mar.

La laguna "Duamoriba" está a 3.900 metros con una temperatura de 10 grados y a su orilla instalaremos nuestro pequeño campamento. Es pequeña y bella, de aguas clarísimas, muy profunda. Además, constituye una de las cabeceras del ruidoso y arrebatado compañero Donachuí que intenta sus primeros pasos sin presentir que su vida será muy corta, ya que relativamente cerca habrá de perecer en brazos del Guatapurí. Las más altas rocas están cubiertas a trechos de nevisca, preludio de la nieve perpetua, que desaparece a medida que avanza el día.

El "moro" o **Eukamussi**, espíritu del mal, recorre permanentemente aquellos desolados parajes y persigue, hasta darle muerte, al "blanco" que se aventure por ellos. Así lo atestigua cierta tumba que nos muestra el arhuaco Sebastián, en el rincón del páramo, perteneciente a un caminante sorprendido por horrorosa tempestad cuando los vientos azotan con furia inaudita a las rocas majestuosas que ruedan con estruendo infernal y los rayos iluminan todo el contorno al clavarse, implacables, en el corazón de la nieve y la voz del trueno hace estremecer la tierra y, el profundísimo fondo de la laguna se hace más negro y sus aguas se encrespan como un pequeño mar. Entonces, todo es tenebroso, todo se hace sórdido y parece que el espíritu vengativo de los tayronas clamara castigo a sus divinidades contra los invasores de su territorio, contra los profanadores de su religión.

"Tayrona, dice Eliseo Reclus, no es actualmente más que un monte sagrado, un Olimpo donde residen las divinidades. Allí se hallan, uno al lado de otro, el infierno y el paraíso; y allí es donde van a resucitar

todos los que mueren; el temerario que intentara aproximarse al temido monte, perecería inmediatamente; pasaría a formar parte de aquellos que habían intentado profanar su morada.

“Los muertos de Tayrona, sienten a veces la necesidad de visitar a sus parientes o animales favoritos; los visitados mueren inmediatamente: así se explican las fiebres agudas y otras enfermedades seguidas de una muerte rápida. A veces oyen que el monte ruge: “Es la voz de los tesoros”, dicen los arhuacos.

“Este macizo de montes —continúa Reclus— separado de los Andes y del resto de la Nueva Granada por valles profundos, lagunas y pantanos, es excelente para contener una población que encuentre en él cuantos elementos necesite para su prosperidad: salubridad del clima, fertilidad del suelo, facilidades para el comerciό. Grande, como la cuarta parte de Suiza, Sierra Nevada podría producir lo bastante para mantener fάcilmente el mismo nύmero de habitantes que esta repύblica”.

Cuando el navegante a eso de cuarenta leguas, alcanza a divisar las cumbres cubiertas de nieve o las rocas de granito micάceo, queda deslumbrado por el imponente espectάculo.

Recuerdos y sugerencias inspirados por los eufόricos relatos hechos en voz baja y con rostro asustadizo por el arhuaco Sebastián, nuestro guía, a la luz de la lumbre, al amparo de la carpa. Nos sabíamos en el corazón de la Sierra Tayrona en donde se asegura que existe una antiquísima ciudad, Pocigüeyca, que, según la leyenda, esconde muchos y muy preciosos tesoros que es imposible encontrar por hallarse bajo la celosa egida de los dioses tutelares.

Aquel domingo de octubre transcurrió al lado de la nieve que al fin fue hollada, fraternalmente, por nuestras plantas. Las rocas —bases del pico Chindua— estaban cubiertas de musgo. José Eustasio Rivera repitiό a nuestro oído, con humanidad y con belleza: “mi corazón es como una roca cubierta de musgo en donde nunca falta una lágrima”. .. Trepάbamos. Abajo, en el fondo del cañón, “Duamoriba” era un pequeño espejo.

A los 4.150 metros de altura la nieve sale a nuestro encuentro. El color de las rocas se acentúa, como la puerta de un homo monstruoso. Los promontorios de roca rodada casi no permiten avanzar. Quedamos a merced de la pericia del arhuaco y aun de los bueyes que son prάcticos en esta clase de marchas. No hay vegetaciόn. Todo es tristeza, soledad, silencio, grandeza infinita de Dios. Así llegamos a la laguna “Eisakuriba”, a 4.200 metros, de gran profundidad como las anteriores. Las

cascadas, hijas del deshielo, la nutren sonora e incesantemente. Ella es la propia madre o fuente del Donachuí. Adelante, a 4.500 metros con una temperatura de dos grados a eso del medio día, estábamos a orillas de "Antinabobba", hermosa, con una isla de piedra en el centro, gemela de "Nabobba", de la cual la separa una angosta faja de tierra, verdaderas islas de agua rodeadas de nieve por todas partes. Aquí nacen varios ríos que descienden hacia el occidente, sobre la zona bananera, tales como el Aracataca, el Tururinca, el Sevilla, que, con otros, son la base de la riqueza de aquella región. Todas estas lagunas ocupan el lecho de circos glaciales que, en opinión de varios geólogos, era posible encontrar en Colombia desde los 3.000 metros de altura. A corta distancia se alcanzan a ver las "morrenas", muy bien determinadas como gigantescas paredes rocosas.

Magnífica labor la que se haría al poblar estas lagunas con peces adecuados, transportándolos de lugares semejantes. Constituiría esto una nueva y valiosa fuente de aprovisionamiento, un artículo alimenticio de primera calidad.

Antes de llegar a estos sitios fuimos sorprendidos por el espantoso estruendo que formaba el lurte al rodar hacia el abismo. Era una verdadera catarata de nevisca, imponente, soberbia como espectáculo. Que presenciamos por mera casualidad y que jamás podremos olvidar.

¿Qué significaría para Colombia y para el mundo este gigantesco y solitario macizo con sus 16.400 kilómetros cuadrados de área, su diversidad de climas, la fertilidad de sus tierras, su invaluable fuerza hidráulica o su enorme riqueza natural en todas sus manifestaciones, sus faldas bañadas por el Atlántico, sus grandes atracciones para el turismo, situado en la ruta del progreso humano?

Innumerables las consideraciones que se agolpaban a nuestra imaginación cuando verificábamos el descenso hacia el Valle de Upar. Cuando la humanidad lo reclame, con derecho y con urgencia, una poderosa inmigración enrumbará hacia allí y lo transformará en un gran centro de industria, de trabajo, foco de civilización, irradiador de cultura que influirá poderosamente en la vida espiritual y económica de nuestra patria.

Trepar a estas cumbres, desde las cuales se dominan todos los horizontes es sentirse incitado a escudriñar el porvenir de Colombia, hacia el mar y hacia el riñón mediterráneo.

Cuando Sekrakungüi, residencia del Gran Mama Salvador Torres, se perdía en un recodo del cañón del Donachuí, Gunkeiba, Sanarnebia, Andusama, acompañadas de sus hombres, Diriküin,

Bunkuanguingama y Camilo, quienes acariciaban el poporo, nos despedían desde un montículo levantando la diestra:

Adiós amigos!...

Sierra Tayrona rugía con su portentosa voz de los tesoros.

Al fondo, hacia el oriente, la Sierra Negra como una gigantesca mole cubierta de un azul intenso.

